

LOS DEMOCRATAS DEL MAÑANA

ESTAN aquí siete muchachos, tres chicas y cuatro chicos.

Proceden de distintos barrios de Barcelona y van a escuelas diversas. La mayoría de ellos son hijos de catalanes, pero alguno de ellos es hijo de inmigrantes de otras partes del Estado español. Abundan las profesiones liberales, aunque también hay un representante de la clase obrera. La elección de los protagonistas de esta mesa redonda ha sido un poco llevada por el azar. Hay que decir que en todo momento esos muchachos han demostrado una madurez democrática considerable. Nunca se han interrumpido el uno al otro, nunca he visto la más mínima sonrisa en los labios de uno cuando su compañero opinaba. Han pedido continuamente la palabra y han esperado rigurosamente su turno. Han respetado todas las ideas que han ido surgiendo y han demostrado, al mismo tiempo, un vivísimo interés por los temas que se iban tratando.

Esos muchachos han sido, para la autora de esta mesa redonda, un extraordinario ejemplo de convivencia y de democracia. He titulado la mesa redonda **Los demócratas del mañana**, pero no sé si tendría que haber puesto **Los demócratas de hoy** y retiramos los mayores a la vida privada. Quizá el país iría mejor.

M. R.—Ahora vamos a hacer una cosa: cada uno de vosotros se presenta y así sabremos quién sois. Empezaremos por el que está sentado a mi derecha.

—Mi nombre es Ricard. Tengo once años. Mi padre trabaja de tallador de vidrio en Hostafranchs y es catalán. Mi madre es de Jaén y hace la limpieza.

—Yo me llamo Eva. Mi padre es químico y mi madre es enfermera. Tengo nueve años. Mis padres son de Barcelona. Vivo por el centro de Barcelona.

—Yo me llamo Mónica. Vivo en el barrio de la Salud. Mi madre es representante de Ovidi Montllor y mi padre es actor de teatro. Tengo once años.

—Yo me llamo Neus. Mi padre es ingeniero y mi madre bibliotecaria. Tengo diez años y vivo en el barrio de Gracia. Mi madre es de Aragón y mi padre es de Cataluña.

—Me llamo Ignasi, tengo doce años. Mi padre trabaja en comprar y vender cartones y mi madre es oficinista de una fábrica. Mi madre es del barrio de Sants y mi padre del Poble Nou.

—Mi nombre es Pau, tengo once años. Mi padre es profesor y mi madre secretaria. Vivo en el barrio de Sant Andréu.

—Me llamo Ricard Mas, tengo trece años. Mi madre es de Madrid y mi padre de Barcelona. Mi padre es jefe de ventas y mi madre es vendedora de la Gran Enciclopedia Catalana.

M. R.—Bueno, vamos a empezar por una historia que os contaré: un niño de diez años de Zaragoza escribió una poesía donde opinaba sobre la Policía. Por teléfono la recitó a la propia Policía. Esta lo fue a buscar y lo metieron en un correccional. ¿Qué os parece este hecho? Empezamos por Ricard. ¿Crees que este niño podía hacer esto?

—Bueno... Yo no sé.



"Los correccionales taran más a los muchachos".

M. R.—Pongamos un ejemplo: si tú tienes ganas de escribir una poesía contra alguien, ¿crees que lo puedes hacer?

—Hombre... Esto es muy complicado. Se tiene que hablar mucho de eso.

M. R.—Bueno, mientras te lo piensas sigo la rueda. A ver, Mónica.

—Creo que este niño tiene diez años y ya podía esperarse lo que haría la Policía.

M. R.—Y tú, Eva, ¿qué piensas?

—Creo que tampoco tenía tanto derecho de meterlo allá... Un poquito sí, pero no tanto.

—Es un poco bestia que la Policía coja un niño de diez años y lo

meta en un correccional —dice Neus.

M. R.—Y tú, Ignasi, ¿qué piensas?

—Que si aquí en España dicen que hay tanta libertad de opiniones, pues que nos digan la verdad por la "tele" y en los discursos que hacen y entonces no tendrían por qué encerrarlo al niño ese.

—Eso de que lo tengan que encerrar en la cárcel está muy mal hecho —dice Pau—. Lo podían encerrar en una habitación, o castigarlo, o ponerle una multa.

—Creo que el niño tenía derecho a decir lo que pensaba —añade Ricard Mas— y la Policía no podía meterlo en un correccional. Los correccionales taran más a los muchachos.

Mónica— no va para hacer el burro. Va para manifestarse.

M. R.—Ignasi, ¿sabes por qué se manifiestan?

—Bueno, me parece que es para exigir unos derechos que son suyos.

—Mucha gente se manifiesta —dice Ricard Mas— para que el Gobierno o quien sea se entere de lo que quiere esta mayoría.

M. R.—Y tú, Pau, ¿sabes lo que quiere esta mayoría?

—Pues... Quiere estar en libertad.

M. R.—¿Y vosotros, creéis que estáis en libertad? Contesta tú, Ricard.

—Hombre... Yo no tengo ningún problema. Hago mi vida, estudio y nadie me lo corta... Quizá yo no soy el más apropiado para decir estas cosas, porque los problemas no los tengo yo, sino mis padres.

M. R.—Tú, ¿los vives los problemas de tus padres?

—No, ellos lo intentan superar y yo no los puedo ayudar. Si mis padres tienen algún problema, sea de trabajo o lo que sea, no van a una manifestación. Los problemas se tienen que arreglar no con manifestaciones, sino pensando las cosas con calma.

M. R.—¿Hay alguien que no esté de acuerdo con lo que dice Ricard?

—Yo no lo estoy —dice Ricard Mas—. Yo creo que sí, que se van a solucionar de esta manera. Si tú vas a una manifestación, o haces una huelga, presionará sobre el Estado y así el Estado sabrá lo que te pasa e intentará arreglarlo.

M. R.—¿Tú qué opinas, Ricard?

—Creo que ahora hay más gente que se manifiesta, el año pasado los estudiantes, este año los obreros de las fábricas. El problema es más genérico, el país ha cambiado de una dictadura a una Monarquía. Hay que ir progresando y siempre hay unas barreras que cuesta superar. La gente va demasiado de prisa. Cuesta mucho que el país suba. Se tiene que ir superando poco a poco.

—Creo yo —dice Mónica— que la gente, manifestándose, puede conseguir cosas. Pero no entiendo mucho lo que quiere decir Ricard.

M. R.—Ricard dice que las cosas pueden ir cambiando despacio, que la gente no tiene por qué tener tanta prisa. ¿Crees que las cosas pueden cambiar despacio? ¿Tú qué crees, Eva?

—Que sí, que se tienen que ha-

M. R.—¿Puedes opinar, Ricard?

—Me parece que eso de escribir a propósito de las manifestaciones es un poco tonto. Hay gente que va allí para pasárselo bien y hacer jaleo.

M. R.—¿Crees que la gente va a las manifestaciones para hacer jaleo?

—Pues mucha gente sí. No creo que haya más de diez personas que vayan a una manifestación conscientemente.

M. R.—Vamos a ver, ¿creéis que la gente va a una manifestación para hacer jaleo o para manifestarse? Dímelo tú, Eva.

—Para manifestarse.

—La mayoría de la gente —dice



"Estamos igual que antes. Quizá ahora han dejado que los periódicos digan un poco más de lo que decían antes".

cer despacio. Primero una cosa y luego otra.

—Poco a poco puede ir cambiando todo —dice Neus.

—Pero los policías cada vez pegan más fuerte —dice Pau—. Y cada vez será más difícil intentar eso de manifestarnos.

M. R.—Pau, ¿para qué tiene que servir la Policía?

—Creo que tiene que vigilar si las cosas van bien en una manifestación.

M. R.—¿Estás de acuerdo, Ignasi?

—Hombre, en parte sí. Porque a veces los manifestantes van con bolas de hierro y piedras. Pero me parece que la Policía tendría que meterse en los asesinatos y robos. Este es su campo.

—Pues a mí me parece que en tiempos de Alfonso XIII —dice Ricard— las manifestaciones eran peor. Ahora te dejan manifestarte más que antes. Ahora se tiene que hacer una democracia y esto cuesta mucho.

M. R.—¿Qué es una democracia? ¿Lo podrías explicar Neus?

—Hombre, una democracia es una cosa que se tiene que decidir entre todos. Si queremos hacer un Estado libre y democrático se tiene que escoger entre todos.

M. R.—¿Todos pensáis, como Ricard, que vamos hacia una democracia?

—Yo pienso que no —dice Ricard Mas—. Estamos idénticamente igual que antes. Quizá ahora han dejado que los periódicos digan un

poco más de lo que decían antes. Creo que estamos completamente igual que cuando había Franco.

—Hemos hecho un paso adelante —dice Ignasi—. Pero cuando llegue la democracia seremos todos viejos.

—Yo pongo como ejemplo Inglaterra —añade Ricard—. Allí hay una democracia cristiana y, en cambio, los ingleses tienen mucha devoción por la Reina. Si se hace sólo izquierdas o sólo derechas, todo será demasiado igual y no habrá partidos.

M. R.—Ahora pide la palabra Mónica.

—Yo creo lo que ha dicho Ricard Mas. Hay gente, mucha, que cree que el Rey lo va a solucionar todo. Pero el Rey no podrá hacer nada, porque sólo es Rey. Quizá ahora podremos hacer más cosas, pero no muchas.

M. R.—Cuando Ricard ha hablado de izquierdas y de derechas, ¿todos sabiais de qué estaba hablando?

—Sí —dicen todos.

M. R.—A ver, Neus, ¿qué son para ti las izquierdas y las derechas?

—Para mí, la gente de derecha es la que sólo piensa en lo suyo y que todo esté igual. La gente de izquierda es aquella gente que quiere cambiar y que todo sea de todos.

M. R.—¿Estáis de acuerdo todos con esta definición? Ricard no está de acuerdo.

—No, la definición de gente de derecha no es exacta. El Gobierno,

en lugar de estar formado por personas elegidas por el pueblo, está formado por una persona que se ha dado a conocer y que se ha visto que puede llevar el país hacia el progreso. Perón llevó muy bien su país cuando estaba su mujer, Eva Duarte. Y con la izquierda, votando, también puede ir bien. No tiene nada que ver una cosa con otra.

M. R.—A ver, Ignasi ha pedido la palabra.

—Ricard ha dicho que la derecha elige a sus delegados y eso no me parece muy democrático.

—Yo opino lo que ha dicho Neus —dice Mónica—, la izquierda quiere libertad de todo, que todo sea de todos. Que todos tengan lo mismo. Y otra cosa que pienso es que el que trabaje más, que cobre más, y el que trabaje menos, que cobre menos. Los de derechas no dejan que el pueblo elija a los que él cree que pueden gobernar bien. Los de derechas se eligen a sí mismos.

M. R.—Bueno, volvamos al principio. Aquel niño de Zaragoza fue encerrado en un correccional por opinar a través de una poesía sobre un hecho general. ¿Vosotros creéis que se os pide la opinión sobre lo que está pasando en el país? Neus, ¿a ti que te parece?

—Hombre..., a mí nunca me han pedido la opinión sobre lo que está pasando.

—En eso sí que estoy de acuerdo —dice Ricard—. Creo que la opinión del pueblo es poca.

M. R.—Pero a vosotros se os pregunta lo que pensáis, ¿verdad?

—A mí nunca me han preguntado nada —dice Mónica.

—A mí tampoco —dice Eva.

—A mí tampoco —dice Ignasi.

—Yo no creo que a ningún muchacho, aunque esté cerca de los catorce años, nunca se le haya preguntado nada —añade Ricard Mas.

M. R.—¿Vuestros padres os preguntan a vosotros vuestra opinión?

—A mí sí —dice Ricard—. Pero esto pasa en todos los países del mundo; el muchacho está muy abandonado, no puede decir mucho su opinión, todo está mandado por los mayores.

—Bueno, yo quiero decir una cosa: a mí, en mi casa, nunca me han preguntado lo que opino porque ya lo saben. Como yo opino lo mismo que mis padres... —dice Mónica.

—Nosotros no opinamos sobre los problemas de casa —dice Ignasi—, eso lo resuelven nuestros padres. Lo que opinamos es, no sé, dónde vamos a ir el domingo y cosas de éstas, familiares.

M. R.—¿Os gustaría más poder discutir la organización familiar?

—Hombre, siempre que los padres vean que los hijos tienen responsabilidad para decirlo, sí —dice Ignasi.

M. R.—¿Y todos creéis que tenéis responsabilidad para decirlo?

—Sí —responden todos.

M. R.—¿Creéis que vuestros padres tienen razón?

—Bueno, yo creo que no siempre tienen razón —dice Pau.

—Al ser ellos mayores y ser nuestros padres siempre la han de tener, según ellos —dice Ignasi.

—Hombre, siempre, siempre no la tienen —dice Neus.

—Bueno, yo, entre ellos dos no lo sé, pero para mí ellos siempre tienen razón —dice Mónica—. Pero también hay mucha diferencia con mi abuelo, que no está muy de acuerdo con mis padres.

—Yo quiero decir una cosa: mi padre fue a Francia a trabajar, no tuvo muchos estudios y se las tuvo que apañar para poder formarse un poco. Aunque no necesite estudios, pues sólo le hacen falta las manos para dibujar. El se lee todos los libros que yo llevo del colegio para informarse un poco. Ya que él no tiene unas bases buenas de información, no creo que él tenga razón en las cosas de ahora, pero en lo que él domina siempre tiene razón —dice Ricard.

M. R.—Aunque creáis que vuestros padres no tienen siempre razón, ¿sois amigos de ellos?

—Yo creo que si estamos discutiendo y yo veo que él no tiene razón y yo se lo digo —dice Ricard Mas—, me parece que esto nos va a unir más.

—A mí me parece —dice Ignasi— que si la familia discute ya es más democrática. Y entonces puedes ser más amigo.

M. R.—Tu familia, ¿es democrática?

LOS DEMOCRATAS DEL MAÑANA

—Hombre, depende en qué cosas.

—Yo creo que mis padres no siempre mandan —dice Neus—.

—Mis padres sí que son amigos míos —dice Eva—.

—En mi casa nadie manda —dice Mónica—.

—Ahora ya empiezan a decirme cosas a mí —dice Ricard—.

M. R.—Vosotros os debéis de hacer muchas preguntas sobre el mundo, ¿verdad? ¿Os contestan siempre?

—A mí sí que me las contestan —dice Ricard Mas—, pero a veces a mi padre le cuesta mucho.

M. R.—Y a ti, Pau, ¿contestan tus preguntas?

—A veces. Depende de lo que están haciendo. Si están mirando la "tele" tengo que esperar a que se acabe. Me dicen: "Espera un momento", porque si han matado un hombre quieren saber por qué.

—A mí me contesta, pero pone su punto de vista —dice Ricard Mas—; la respuesta siempre es una imagen de lo que él piensa.

—Esto no lo digo por Pau, pero a mí me parece que la gente que mira la "tele" es que no está muy interesada, y no la "tele", sino el fútbol. A veces también me hacen esperar, sobre todo si hacen un reportaje de política —dice Mónica—.

—Yo no les pregunto muchas cosas —dice Ignasi—, trato de solucionarlas yo solo. Pero a veces, si pregunto algo, aunque para mí tenga mucho importancia, si ellos creen que es una tontería, me dicen que me vaya a paseo.

—A mí siempre me responden las preguntas —dice Neus—; aparte que cuando mi padre está leyendo me dice que me espere a que acabe el capítulo.

—A veces también me dicen a mí que les pregunto burradas —dice Eva—. Pero yo pregunto lo que pienso que no es una tontería.

M. R.—A ver, Mónica pide la palabra:

—Yo antes de preguntar nada a mis padres siempre se lo digo a mi hermano, él me lo contesta todo muy claro, lo hace muy bien.

M. R.—¿Creéis que vuestros padres contestan a cuestiones como las relaciones que tiene que haber entre chicos y chicas? Empezá tú, Ricard Mas.

—A mí me pasa lo mismo que a Mónica. Mis padres me lo explican como si estuvieran hablando con otra persona mayor. Entonces voy a mi hermana mayor y ella me lo explica en lenguaje vulgar.

M. R.—Tú, Pau, ¿has preguntado cómo se hacen los niños?

—¿Quieres decir cómo se crean? **M. R.—... Sí.**

—Una vez se lo pregunté a mi madre, cuando estábamos cenando, y ella me lo dijo. Luego mi her-

mana tiene un libro que cuenta esas cosas.

—Yo pregunto pocas veces —dice Neus—, porque en la escuela me lo han explicado.

—A mí, eso me lo han explicado desde que era muy pequeña —dice Mónica—. En la escuela hay una señorita que no quiere que los chicos se rían de esas cosas.

M. R.—Y tú, Ricard, ¿qué dices?

—Bueno, yo no le he preguntado nunca. Ni sé si lo haré. En el "cole" nos lo irán explicando. Poco a poco lo iremos entendiendo.

M. R.—Pero, ¿hablas de ello con tus amigos?

—Sí. Miramos libros y más o menos ya lo tenemos bastante claro. Lo sé a medias y creo que en el "cole" me lo irán explicando.

—Bueno, yo quiero decir que siempre he tenido interés por estas cosas, porque es de lo más bonito eso de crear niños entre dos personas que se quieren —dice Mónica—.

M. R.—Por lo que veo, vosotros tenéis buenas relaciones con vuestros padres. Os explican las cosas y lo único que parece que no os acaba de gustar es cómo os lo explican. Ahora bien, si vais por la calle, en el autobús, en el cine, ¿creéis que os tratan como personas mayores?

—Yo eso de no poder ir a esos cines que, como todo el mundo dice, son verdes, me parece una tontería. Si nuestros padres nos dejan, los señores del cine no son quién para opinar —dice Ricard Mas—.

—A mí me parece que hay mucha gente que se pasa de la raya —dice Pau—. A veces miro películas de la "tele" de esas que no son aptas y no pasa nada, nadie se muere ni nada.

—Yo creo —dice Ignasi— que esas películas que llaman pornográficas también las tendríamos que ver, porque es una preparación para lo que hagamos de mayores. Es el hombre mismo, es nuestra naturaleza.

—Bueno, yo no voy mucho al cine, ni mis padres tampoco —dice Neus—. Pero me parece que tenemos derecho a ir. Pero, mira, si la gente es tan caprichosa no se puede hacer nada.

—Nosotros tenemos derecho a ir al cine —dice Eva—, si nuestros padres nos dejan. Y nadie nos lo tiene que prohibir.

—A mí me parece que nos ayudaría mucho ver las cosas como son, descubriríamos más mundo —dice Mónica—.

—A mí me gusta ir al cine para divertirme —dice Ricard—. Y esas películas no son nada divertidas.

M. R.—En la calle, en general, ¿creéis que la gente os trata como personas mayores o como criaturas? Empezá tú, Ricard Mas.

—Me parece que un cobrador de autobús, o un taxista, o cualquier persona nos trata como críos que acabamos de dejar las faldas de mamá.

—Una vez, en el mercado de Sant Antoni —dice Pau— había dos

niños que miraban unos cuentos y el hombre les dijo que se fueran a comer pipas y todo eso. Y a mí me parece que esos niños también tenían derecho a mirar libros.

—Yo quisiera añadir algo de la ronda anterior —dice Ignasi—. Me parece que los señores del cine no tienen culpa, porque reciben órdenes de la censura.

—Y la censura es del Estado —añade Ricard Mas—.

—Pero hay películas que son burras —dice Pau—. Porque eso de quitarse el vestido y meterse en la cama me parece una tontería. Creo que las películas tendrían que ser de risa o de atracos.

—Yo estoy muy en contra de lo que dice Pau —contesta Mónica—. Se tiene que ver lo que pasa y a ve-

vestido, no te vas a poner un gorro o irás desnudo por la calle...

M. R.—¿Qué opináis de Heidi? Empezá tú, Ricard Mas.

—Me gusta, pero la encuentro un poco cursi.

—A mí me gusta, pero al principio gustaba más la Pippi —dice Pau—. Pero resulta que nosotros no podemos ver las películas de los mayores y en cambio ellos pueden ver las nuestras y esto nos fastidia a nosotros. Si la gente mayor mira la Heidi se va a volver pequeña. Mis vecinos tienen la "tele" en color y todos los mayores se ponen delante y nos hacen la puñeta.

—Claro que detrás de todas las birrias que nos dan, la Heidi no está mal —dice Ignasi—.

—Yo encuentro que Heidi es un



"A veces se hacen películas de esas de quitarse el vestido, y todo eso es sólo por burlarse; pero la gente que lo hace porque se quiere, entonces no es ninguna burrada".

ces se hacen películas de esas de quitarse el vestido y todo eso sólo por burlarse, pero la gente que lo hace porque se quiere y todo no es ninguna burrada.

—Yo estoy de acuerdo —dice Ignasi—. Eso que dice Pau que es una burrada, también lo haremos nosotros cuando seamos mayores y no lo encontraremos una burrada. Además, eso lo tenemos que aprender.

—Yo quiero decir una cosa —dice Ricard—. Me parece que no hace falta aprenderlo. Eso es como los instintos de los animales. A lo mejor nace una vaca y esa vaca no se pondrá a comer carne porque su instinto le dice que tiene que comer hierba. Eso también nos pasa a nosotros, nuestro instinto nos lo dice, nuestra naturaleza.

—Eso de la vaca que dices —contesta Ignasi—, creo que la vaca empieza también a comer hierba de pequeña y nosotros, si lo comparamos también tendríamos que comer hierba de pequeños.

—Si nosotros no lo aprendemos de pequeños —dice Ricard Mas— nos haremos mayores, queremos a una persona y haremos con ella cualquier chorrada y ya estaremos contentos. Eso no es ningún instinto. Tampoco no es un instinto ir

poco cursi —dice Neus—. Me gustaba más la Pippi, es más simpática y más alegre.

—A mí me gusta bastante Heidi —añade Eva—. Mis abuelos también la ven y yo me pongo delante de mi abuela para poderla ver mejor y mi abuela me dice que me quite porque la quiere ver bien.

—Pippi era toda la libertad que podía tener un niño, tener una casa sola, poder comprar tantos caramelos, tantos pasteles, tantos juguetes... —dice Mónica—. La gente mayor estaba contra la Pippi. Me gustaba mucho más que Heidi. Con Heidi se pasan un poco. Suerte que se acaba ya.

M. R.—Y tú, Ricard ¿qué opinas?

—Creo que Heidi está muy bien trabajada, es muy real. En la Pippi había demasiada fantasía.

—Pero me parece que un niño tiene que estar con su padre —dice Ignasi—; además la Pippi daba mal ejemplo. Se ponía al lado de un barranco y se tiraba y hala. Y entonces un niño que no tenga demasiada responsabilidad puede tirarse y matarse.

—A la gente mayor —dice Pau— no le gusta Pippi porque hacía muchas marranadas, se ensuciaba, se ponía los fideos como si fuera una barba.

—Dicen que hubo un par de niñas que se fueron de su casa al ver la Pippi —dice Mónica—, pero eso no era mal ejemplo, sino que esas niñas no debían de tener libertad en su casa.

—Eso pasa porque estamos en España —dice Ricard Mas—. En Francia, o en Holanda, Bélgica, la Pippi tuvo un gran éxito, gustó a pequeños y mayores, y en cambio la Heidi tuvo muy poco éxito y eso es porque en España los niños están muy atados y, claro, muchos niños vieron en la Pippi un reflejo de lo que ellos querían tener. Y en cambio la Heidi gusta más porque es una niña que se porta bien, hace lo que dice el abuelo.

—Yo creo —dice Mónica— que si a los padres no les gustaba la Pippi podían cerrar la "tele" y ya está.

—Yo creo que la mentalidad occidental no tiene nada que ver con la Oriental —dice Ricard— y por eso la Heidi es distinta.

—A mí me parece que si se deja a un niño en libertad —dice Pau—, sin sus padres ni nada, ese niño se quedará sin comer, sin ir al "cole", porque no podrá trabajar. El único trabajo que tendrá es buscar comida por la calle.

M. R.—Hay aquí tres chicas y cuatro chicos. Quisiera hacer una pregunta a las chicas: vosotras sois bastante jóvenes y me gustaría saber si os han tratado diferente de como tratan a los chicos. Empieza tú, Neus.

—A mí, en casa, me tratan igual que a mi hermano.

—En mi casa tienen muy mimado a mi hermano y a mí no —dice Eva.

—Esta es una de las cosas que más me cabrea, me pone más nerviosa —dice Mónica—. Claro que ya se sabe que en España la mujer no es igual que el hombre. En casa me tratan igual que a mi hermano, pero en la escuela nos dicen a veces que el niño es más fuerte, el niño corre más, el niño es así, el niño es así. Y cuando me dicen eso yo digo: "Bueno, ¿y por qué yo no?". No sé cómo decirlo...

M. R.—¿En casa tenéis que hacer solamente la limpieza vosotras?

—En mi casa trabaja tanto mi hermano como yo —dice Neus.

—Bueno, mi hermano es más pequeño y lo tiraría todo por los aires —dice Eva.

M. R.—¿Estáis de acuerdo con esos anuncios de la "tele" en que sólo las señoras anuncian lavadoras, etcétera? ¿Qué opinas, Ricard Mas?

—Aquí en España, por la belleza, siempre ha salido la mujer, y por la fortaleza, el hombre. Te dicen que si compras tal lavadora tendrás más felicidad, etcétera, y es lógico que uno se fije más si hay una mujer que si hay un hombre.

M. R.—¿Te parece bien que la mayoría de las veces sean las madres las que hagan el trabajo de la casa?

—Me parece absurdo; tanto lo puede hacer mi padre como mi madre.

—Yo creo que lo puede hacer quien quiera —dice Pau—, pero el padre no se irá a la cocina y hará una tortilla si no la sabe hacer. Como la madre lo sabe hacer todo... El padre no se meterá a limpiar y la madre a trabajar de mecánico...

—Yo creo que si el padre trabaja fuera de casa y la madre no —dice Ignasi—, es ella quien tiene que hacer la limpieza. Pero tampoco está bien que cuando el padre llegue de trabajar se sienta en una butaca y mire la "tele" mientras la madre esta entre el humo y la grasa de la cocina.

—Eso que ha dicho Pau de que las mujeres lo saben hacer todo no es cierto —dice Eva—; habrá alguna mujer que no sabrá guisar y otra mujer que no sabrá hervir sopa...

—Bueno —dice Mónica—, yo quiero decir una cosa de tipo personal. En mi casa, hasta me he peleado con mi madre por eso. Veo a mi madre cansada, muerta de trabajar cuando viene de viajes y todo y la veo allá haciendo la tortillita para mi padre y mi padre mirando el fútbol en la habitación del abuelo. Pues yo me levanto y empiezo a gritar a mi madre, le digo que es una desgraciada, que no hay derecho que mi padre le esté haciendo eso. Además ella lo encuentra tontísimo que siempre lo haga la mujer, pero como veo que ella no dice nada, me voy a mi padre y le meto una bronca y le digo que vaya a ayudar a mi madre a hacer la cena, y entonces mi madre, cuando ve que yo resuelvo alguna de esas cosas, se va a dormir y mi padre le lleva un vaso de leche y se pone él a hacer las tortillas. Pero creo que la mujer puede hacer todo lo que hace un hombre. No estoy de acuerdo con Pau; ¿por qué una mujer no puede hacer de mecánico? Puede ser que un hombre se haya dedicado toda la vida a hacer de actor y no tenga ni idea de clavar un clavo. Como ellos están educados desde pequeños que el hombre es el hombre y todo eso... Pero me parece que con mi marido nada. En mi casa siempre me dicen: "Pobre de tu marido si te casas".

—Mi profesor de cultura religiosa siempre dice que si el hombre es tan importante es porque es la concepción del hombre y de la mujer. El nombre que define a los dos es hombre y por eso pasa que el hombre es más importante —dice Ricard.

—Mi madre, por ejemplo, está haciendo la comida y tienen mucha prisa porque han de ir a una reunión, y mi madre le dice a mi padre que prepare la mesa y mi padre, tan fresco, se sienta sin hacer nada; sólo se culpa de él y de sus libros y de los demás nada, no se cuida nada. ■ MONTSERRAT ROIG. Fotos: PILAR AYMERICH.

QUERIDO SEÑOR NIÑO

ME han dicho que has escrito una carta al Rey, y que esa carta ha aparecido en letras de molde en un libro, y que el libro ha sido secuestrado. ¿Te parece bonito? Te has ganado a pulso el título de "el más joven autor secuestrado". Tienes nueve años y te llamas Amadeo. ¡A quién se le ocurre llamarse Amadeo y desfilar por la pluma ideas y conceptos que merecen ser secuestrados! Con tu titubeante letra, vas y escribes: "Honorable rey de España que esté bien en salud y en todos los sentidos igual que su familia esté bien como yo lo deseo". En fin, para qué te voy a contar cómo se han puesto en el DLIPU (Departamento de la Letra Impresa en Publicaciones Unitarias); ¡escribes España con minúscula! Menos mal que no haces como Adolfo, otro de los secuestrados, que en vez de ponerse a tono con la solemnidad del momento se le ocurre decir: "Rey don Juan Carlos I. Yo les deseo un buen fin de semana". ¿Qué es eso de un buen fin de semana, escrito sin diéresis? Y para acabar de arreglarlo, dos niñas llamadas Yolanda y Celia, en la página de al lado, sueltan:

Yolanda (siete años): "Usted estaba muy buapo" (¡se escribe guapo, con g!)

Celia (también siete años): "Estoy contenta de que seas el Rey de España, y estaría contenta de que tubieras que venir a España" (pase que escriba España una de las dos veces con minúscula, pero es imperdonable que no sepa que el imperfecto de subjuntivo del verbo tener se escribe con v).

Los niños de ahora estáis echados a perder. Hace un mes, o así, a un niño de unos diez años no se le ocurrió cosa mejor que componer unas copias y llamar por teléfono para cantárselas a los polis. ¡Menudas cosas diría para que le llevaran detenido a la Comisaría! Y se pasó unos días en el reformatorio. Para que aprenda. Se ganó el título de "el más joven detenido de España".

Ayer mismo, en una revista, aparecía una foto en la que un niño de no más de cinco años alzaba sobre su rubia cabellera una pancarta. Era una pancarta pequeñita, pero una pancarta que pedía, como quien no quiere la cosa, libertad y amnistía. Al verla, pensé: he aquí al más joven pancartista de España.

No sé a dónde vamos a parar con vosotros. Mil y una veces os hemos dicho que dediquéis más tiempo al estudio y menos a la distracción. Porque ¡hay que ver esas notas! Vuestros papás viven con el alma en hilo cada quince días, y cuando os evalúan, a más de uno le apetecería que os atizaran con una recuperación en la cabeza.

¿Y esas ocasiones en que os da por no comer, por decir que no me gusta esto ni lo otro, mientras os pasáis el día mascando chicle y escupiendo pipas? Os creéis vosotros, ricuras, que os vais a hacer unos hombres (o unas mujeres) sólo a base de chicle y pipas.

Reconoce, Amadeo, que tú no has sido diferente a los demás: te quedabas viendo la televisión hasta más tarde de lo conveniente, leías tebeos en vez de estudiar gramática estructural, decías palabrotas que habías oído por la calle sin saber que eran palabrotas, gastabas cajas enteras de tiritas para un simple arañazo, robabas patatas fritas en la cocina y así sucesivamente.

Pero eso podía pasar. Lo que resulta intolerable es que se te ocurre escribir —y publicar!— una Carta al Señor Rey que, unida a las de otros muchos niños echados a perder como tú, ha merecido la fulminante reacción del secuestro del libro, y que tu nombre se añade a los tantos escritores que desde el Renacimiento hasta acá han ganado para sus obras la hoguera purificadora.

¡Qué vergüenza! ¿No piensas en las lágrimas de tu madre, cuando una vecina le haya dicho: "Su Amadeo ha escrito en un libro cosas feas"?

Tu madre habrá protestado: "Pero si mi Amadeo, no digo que sea un santo, pero es un niño como los demás. Está sano, juega, estudia poco, alguna vez se ha puesto malo de la garganta, tiene buen corazón, refunfuña, sí, pero hace recados gustosamente... Usted lo ha visto ir a buscarme el pan... Dígame qué es lo que ha hecho".

Y la vecina le habrá mostrado una página cualquiera de ese libro en el que has participado: "Mire aquí, Tomás (nueve años): 'Su Majestad... Me duele mucho el fallecimiento de su respetable padre Francisco Franco'. Y lea esto otro: Nuria (siete años): 'Sé que la muerte de Franco fue grabe'. Y para colmo: Elisa (siete años): 'Me gustaría ser la reina... Me gustaría casarme con tu hijo para ser luego la Reina'".

Supongo que tu madre, aterrada, habrá exclamado: "No siga, no siga. ¡Qué bochorno!". E inmediatamente te habrá llamado para imponerte un serio castigo. Y te habrá prohibido escribir una sola palabra más, ni a un Rey ni a un jefe de Negociado y ni siquiera a un bombero (y eso que los bomberos siempre han sido amigos de los niños).

Ni una carta te dejarán escribir durante cualquiera sabe cuánto tiempo.

Pero, por favor, por favor, por favor, a mí sí, escríbeme una carta, que no te voy a reñir ni a secuestrar, sino a darte un beso muy grande, muy grande, QUERIDO SEÑOR NIÑO. ■ RAMON NIETO.